
Edipo Rey

Sófocles

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 520

Título: Edipo Rey

Autor: Sófocles

Etiquetas: Teatro, Tragedia

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 9 de junio de 2016

Fecha de modificación: 2 de noviembre de 2020

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Personajes

EDIPO

CREÓN

EL GRAN SACERDOTE

TIRESIAS

YOCASTA

EL CRIADO DE LAYO

UN MENSAJERO

UN OFICIAL DE EDIPO

EL CORO, compuesto de ancianos tebanos.

Acto primero

Escena I

EDIPO. EL GRAN SACERDOTE. El Coro

Edipo:

Nuevos retoños del antiguo Cadmo, hijos míos. ¿Qué motivo os obliga a venir así a prosternaros en los escalones de este palacio, llevando en la mano las ramas reservadas para los suplicantes? El humo del incienso, los cantos lúgubres, los lamentos resuenan en toda la ciudad.

No os he enviado a nadie, he venido yo mismo, hijos míos, a informarme del motivo de vuestras quejas; sí, Edipo, tan loadado en toda Grecia, viene a escucharos. Hablad, pues, ¡oh, anciano! ya que a vos os cuadra explicaros por ellos. ¿Qué temor, qué esperanza os han reunido en este sitio? Contad con el deseo que tengo de auxiliaros. Sería yo insensible si no estuviera conmovido por el estado suplicante en que os veo.

El Gran Sacerdote:

Vos que reináis sobre mi patria, Edipo, ved cuántos ciudadanos de todas edades, prosternados ante vuestros altares, unos en la infancia y arrastrándose apenas aún, otros en la fuerza de la juventud; mirad esos ancianos que son los pontífices de los dioses; a mí, que soy el gran Sacerdote de Zeus. El resto de los tebanos, llevando en la mano las ramas de los suplicantes, está prosternado en la plaza pública, o en ambos templos de Palas, o sobre la ceniza profética del Ismeno. Ya lo veis, Edipo; esta ciudad, tanto tiempo combatida por la tempestad, no puede ya levantar su cabeza por cima de las olas ensangrentadas que la sumergen. Los gérmenes de los frutos de la tierra se secan en los cálices de las flores; los rebaños perecen, y las mujeres ven morir en su seno a sus hijos. Un dios cruel, armado de tea terrible, una

espantosa peste, ha venido a caer sobre esta ciudad y cambia en un desierto la antigua morada de los hijos de Cadmo. El negro Hades se enriquece con nuestros lamentos y con nuestros lloros. Estas gentes y yo, sin embargo, no venimos a imploraros como a un dios; mas os consideramos, entre todos los mortales, como el más capaz de socorrernos en medio de las vicisitudes de la vida y de las desgracias enviadas por los dioses. Vos, llegando a nuestros muros, nos librasteis del tributo que el monstruo cruel nos había impuesto, sin que ninguno de nosotros os suministrase ni os preparase los medios. Sólo por la inspiración de un dios salvasteis nuestra vida en peligro; todos aquí lo publican y lo piensan. A vos, pues, poderoso Edipo, a vos venimos, como suplicantes, a pedir hoy algún socorro, si habéis oído la voz de los dioses o si algún mortal ha podido iluminaros. Hemos visto, a menudo, grandes desgracias servir de inspiración a los mortales que la experiencia ha hecho hábiles con sus consejos. Venid, ¡oh, el más sabio de los hombres! a levantar esta ciudad abatida; venid y sabed que esta comarca os nombra hoy su salvador, por reconocer vuestra antigua prudencia: aparte de que con razón podríamos ya olvidar vuestros primeros beneficios si, tras de habernos sacado del abismo, nos dejarais caer de nuevo en él. Levantad, afirmad, pues, esta ciudad sobre sus cimientos; ved lo que habéis ya hecho por ella bajo favorables auspicios; sed también hoy lo que fuisteis entonces. ¿No es mejor para vos, mientras reinéis en esta tierra, reinar sobre hombres que sobre muros desiertos? Las murallas, las naves no son nada cuando se las despoja de los hombres que las habitan.

Edipo:

Desgraciados hijos, estoy lejos de ignorar el objeto de los votos que os traen ante mí. Demasiado sé en qué estado funesto estáis todos hundidos; y, no obstante, por desgraciados que seáis, no hay entre vosotros quien sea tan infortunado como yo. El dolor de cada uno de vosotros sólo tiene un objeto; sólo a vosotros os atañe, mientras que mi corazón gime a la vez por la ciudad, por vosotros y por mí.

No creáis haberme sacado de un profundo sueño; sabed que no hay lágrimas que yo no haya vertido ni medios diversos que mi imaginación no haya estudiado. El único que he podido encontrar a propósito para socorremos lo he puesto en práctica. Al hijo de Meneceo, Creón, con quien me unen los lazos de la sangre, le he enviado a Delfos al templo de Apolo, para preguntar a este dios lo que debo ordenar, lo que debo hacer por la salvación de esta ciudad. Cuento los días, los mido por el tiempo que le era necesario, y me aflijo con sus retrasos. ¿Qué hace? Su ausencia es mucho más larga de lo que parecía que había de ser. Creed que en cuanto llegue me consideraré el peor de los hombres si no ejecuto cuanto el dios me haya prescrito.

El Gran Sacerdote:

No podéis hablar más a punto; en este momento me anuncian la llegada de Creón, que avanza hacia nosotros.

Edipo:

¡Oh soberano Apolo, ojalá, favorecido por la fortuna, vuelva tan contento como su rostro parece anunciar!

El Gran Sacerdote:

Su corazón está satisfecho; podemos lisonjearnos de ello; de lo contrario, no aparecería, como le vemos, llevando en la cabeza una rama de laurel cargada de frutos.

Escena II

Los precedentes, CREÓN

Edipo:

Pronto lo sabremos: vedle junto a nosotros; podemos interrogarle. Hijo de Meneceo, querido príncipe, hermano mío, ¿qué nuevas nos traéis de parte del dios?

Creón:

Buenas nuevas; pues lo que pueda haber en ellas de enojoso no es para nosotros sino una fuente de dicha, si el resultado es tal como debe esperarse.

Edipo:

¿Qué significan esas palabras? No encuentro en ellas motivo de temor; pero no veo casi nada que me tranquilice.

Creón:

¿Deseáis que me explique en medio de todo ese pueblo que nos escucha, o queréis entrar en vuestro palacio?

Edipo:

Hablad ante ellos; pues me duelen harto más sus males que los míos.

Creón:

Os diré, pues, lo que el oráculo de Apolo me ha dicho. Nos ordena, sin la menor obscuridad, alejar de esta tierra la fuente de impureza que alimentamos y cesar de mantenerla con nuestros males.

Edipo:

¿Qué purificación, qué remedio emplear en nuestra calamidad?

Creón:

Es necesario desterrar a un hombre, o que la sangre que ha causado las desgracias de esta ciudad sea lavada con sangre.

Edipo:

¿Y quién es el mortal de quien hay que vengar la muerte?

Creón:

Príncipe, tuvimos un rey llamado Layo; reinaba en esta ciudad antes de estar sometida a vuestro imperio.

Edipo:

Lo sé porque me lo han dicho; pues mis ojos no le vieron nunca.

Creón:

Murió; y Apolo, sin la menor obscuridad, nos ordena hoy castigar a sus asesinos.

Edipo:

¿En que lugar están y cómo encontrar la huella borrada de crimen tan antiguo?

Creón:

Están en estos muros, el oráculo lo ha declarado. Lo que se busca se puede encontrar; lo que se descuida se nos escapa fácilmente.

Edipo:

¿Layo cayó bajo los golpes de los asesinos en su palacio, o fuera de la ciudad, o en tierra extraña?

Creón:

Iba (según se nos ha dicho) a consultar el oráculo; y desde el instante en que dejó estos muros no hemos vuelto a verle.

Edipo:

¿No habría alguno de su séquito, algún compañero de su viaje, que hubiera sido testigo de su suerte y pudiera servir para darnos indicios?

Creón

:

Todos han muerto. No queda más que uno, a quien el temor hizo huir, y que, de cuanto vio, no ha podido nunca referir sino una circunstancia.

Edipo:

¿Cuál es? Un solo trazo puede hacer descubrir muchos otros, si puede darnos un ligero asomo de esperanza.

Creón:

Ha referido que una banda de salteadores había encontrado a Layo, que sucumbió al número y pereció.

Edipo:

Pero ¿cómo hubieran los bandidos llegado a ese colmo de audacia si alguien no les hubiera seducido a fuerza de oro?

Creón:

Esa sospecha es verosímil, pero muerto Layo, nadie, en medio de los males de la patria, se encargó de vengarle.

Edipo:

¿Y qué males, muerto el soberano, pudieron impedirnos sondear esa trama?

Creón:

La Esfinge, con sus enigmas enmarañados, nos forzó a abandonar lo que no podíamos descubrir, para ocuparnos de lo que teníamos a la vista.

Edipo:

Bueno, es de mi empresa remontarme a la fuente de vuestros males y descubrirla. No será en vano que Apolo y vos os hayáis tomado el cuidado de vengar la muerte de Layo; me veréis, justamente asociado a vuestros designios, servir a la vez a los intereses de la patria y a los del dios. Porque no solamente por la causa de un rey que ya no existe, sino por mi propia causa, haré salir de esta tierra el objeto impuro que la ha mancillado. El que haya podido poner la mano sobre Layo podría con mano tan osada atentar

contra mis días. Así encontraré mi propia seguridad en el cuidado que me tomare de su venganza. Levantaos, pues, hijos míos; apresuraos, llevaos esas ramas, símbolo de los suplicantes. Que se reúna aquí el pueblo tebano; voy a emplear todos los medios para calmar sus penas; veremos luego, bajo los auspicios del dios, si debemos ser más felices o más miserables.

El Gran Sacerdote:

Levantémonos, hijos míos, levantémonos; los socorros que hemos venido a pedir aquí, nuestro rey nos los promete; que Apolo, que nos ha enviado tal oráculo, nos libre de la peste y conserve nuestra vida.

(El Gran Sacerdote se retira con los niños y los jóvenes tebanos que le acompañan. No quedan en escena sino Edipo y los ancianos que componen el Coro.)

El Coro:

Dulce voz de Zeus, que del opulento santuario de Delfos has llegado a los muros famosos de Tebas, ¿qué haréis por nosotros? El temor agita y consterna nuestro corazón, sobrecogido de respeto ante vos, ¡oh benéfico Peán, que reináis en Delos! ¿Cumpliréis vuestro oráculo hoy, o en otra sazón señalada por vuestros decretos? Hablad, voz inmortal, hija de la feliz esperanza.

Digna sangre de Zeus, ¡oh Palas! a vos os invoco la primera; vos también, Artemisa, su hermana, que gustáis de bajar a la tierra y que os sentáis en un trono glorioso dentro del recinto; y vos, Apolo, ducho en lanzar dardos, venid los tres en nuestra ayuda; si en otro tiempo, cuando otros azotes cayeron sobre esta ciudad, alejasteis de nosotros la peste, ¡acudid hoy, también, dioses benéficos! Las penas que sufrimos no pueden contarse. Todo el pueblo desmaya y sucumbe. Los recursos del arte están agotados y no pueden

ya ofrecer remedio a nuestros males. Los gérmenes de las frutas se han tornado estériles; las mujeres no soportan ya los dolores del parto. Más ligera que el ave veloz, más destructora que el fuego voraz, la muerte precipita a nuestros ciudadanos, uno tras otro, hacia los dominios del dios de los infiernos. Tebas todos los días sucumbe a innumerables golpes. Los niños (¡cruel espectáculo!) permanecen tendidos sin piedad en el suelo, teatro de su muerte. Lejos de ellos, las mujeres y las madres, cuya frente está cubierta de cabellos blancos, gimen al pie de los altares y piden remate a sus penas. Los himnos dolientes, los gemidos, resuenan al par en los aires. Noble y encantadora hija de Zeus, socorrednos, haced volver sobre sus pasos el azote destructor, nuevo Ares que, sin escudo y sin carcaj, ha venido a combatirnos y nos consume entre gemidos y gritos; que vaya, lejos de los límites de nuestra patria, al vasto seno de Anfitrite o a las aguas inhospitalarias del mar de Tracia. No nos da punto de reposo; si amengua al terminar la noche, comienza de nuevo con el día. ¡Oh, Zeus!; oh, dios, que gobiernas a tu antojo el rayo, aplástale con él; y tú, dios de Licia, lanza en nuestro socorro los dardos invencibles de tu arco de oro. Dirige contra él, ¡oh Artemisa! los rayos fulgurantes con que prendes fuego a las cimas de los montes licienses; y tú, dios de las vides, dios epónimo de esta tierra, tú, cuya frente orna áurea corona, Dionisos, tú, que marchas acompañado de las ménades, ven armado de antorchas encendidas a perseguir y derrotar a ese dios cruel que los dioses miran con horror.

Acto segundo

Escena I

EDIPO, el séquito, el Coro, el Pueblo reunido

Edipo (Al Coro.):

Invocáis a los dioses; pero lo que les pedís, socorro, alivio para vuestros dolores, lo obtendréis si queréis escucharme, obedecerme y someteros a lo que exigen nuestros males. Voy a hablar como extraño a lo que el oráculo acaba de hacernos saber, como extraño al crimen cometido, del que no puedo descubrir las huellas si no se me proporcionan los medios. Ciudadano hace poco tiempo de Tebas, sólo me es dable socorreros con la orden que voy a publicar. Cualquiera de vosotros que sepa a qué manos pereció Layo Labdácida, le invito a desenmascararle. Si el que fué el asesino teme ser denunciado, que se anticipe y se acuse; no tiene nada enojoso que temer; el destierro será su único suplicio. Si el asesino es extranjero, que quien le conozca lo declare y me apresuraré a recompensarle y le guardaré eterno reconocimiento. Pero si os obstináis en callar; si, temiendo por un amigo o por vosotros mismos, desacatáis mi orden, escuchad lo que voy a ordenar contra el culpable. Quiero, sea del rango que sea, que nadie en esta tierra sometida a mi imperio le reciba, le hable, le admita en las plegarias, los sacrificios y las libaciones consagrados a los dioses; que todos los habitantes le echen de sus hogares, como la causa impura del azote que nos aflige; pues así el oráculo de Delfos me lo ha hecho entender claramente; y quiero, haciendo uso del poder de que estoy revestido, servir al mismo tiempo al dios y al rey que ya no existe. ¡Quiera el cielo que mis imprecaciones contra el culpable ignorado, ya haya sido solo, ya haya tenido cómplices, le entreguen a la infamia y a todas las privaciones de una vida desgraciada! ¡Quiera el cielo que, aun en el caso de que, sin yo saberlo,

sea de mi familia, experimente todos los males con que mis maldiciones le han amenazado! Pero a vosotros, tebanos, os encargo de la ejecución de mis deseos, por mi propio interés, por el de Apolo, por el de la patria, que agoniza en la esterilidad y el abandono de los dioses. ¡Y aunque los dioses no hubieran suscitado contra vosotros ese azote terrible! ¿estaría bien, luego de la muerte de un rey tan bueno, dejar su asesinato sin expiación y no buscar a los autores? Yo soy soberano del mismo imperio donde él reinaba; poseo su lecho, su esposa; he tenido hijos de ella; y si él los hubiera tenido lo serían míos. Por tantas razones, pues su infortunio ha sido tanto, pretendo vengarle, como vengaría a mi padre, y poner todo mi cuidado en descubrir, en detener al asesino de ese labdácida que, por Polidoro y Cadmo, desciende del antiguo Agenor. A aquellos de vosotros, tebanos, que no obedezcan lo que acabo de mandar, pido a los dioses que la tierra no les dé cosecha ni posteridad sus mujeres, y que perezcan luego víctimas del azote que nos persigue o de un destino aún más deplorable; pero a los que secunden mis designios, quiera el cielo que la justicia que combate en nuestro favor y todos los dioses les sean siempre favorables.

El Coro:

Obligados por vuestras imprecaciones, ¡oh, Príncipe! hablaremos. No hemos matado al rey e ignoramos quién fué su asesino; al dios que os envía el oráculo corresponde descubrirlo.

Edipo:

Lo que decís es justo. Pero ¿puede un mortal exigir de los dioses lo que ellos le niegan?

El Coro:

Añadiremos a lo dicho una segunda reflexión.

Edipo:

Aunque se os ocurra una tercera, no vaciléis en comunicármela.

El Coro

:

El soberano genio de Tiresias sabemos que se acuerda perfectamente con el genio supremo de Apolo; dirigiéndose a tal adivino, se podría, oh Príncipe, descubrir la verdad.

Edipo:

Lo que me aconsejáis ya lo he hecho; y conforme al consejo de Creón, le he enviado dos mensajes. Me sorprende que aún no haya venido.

El Coro:

A la verdad, los rumores que corren de antiguo no merecen crédito.

Edipo:

¿Qué rumores? No quiero dejar de tener ninguno en cuenta.

El Coro:

Se pretende que Layo fué asesinado por no se qué viajeros.

Edipo:

Me lo han dicho; pero no se conoce ningún testigo del crimen.

El Coro:

Por poco accesible que sea el criminal al temor, en cuanto conozca vuestras imprecaciones será vencido por ellas.

Edipo:

Quien no ha tenido miedo del crimen, no lo tendrá de las palabras.

El Coro:

Pero he ahí a quien sabrá pronto descubrir al criminal. Os traen al adivino inspirado por los dioses, único entre los mortales que lleva en su seno la verdad.

Escena II

Los precedentes, TIRESIAS

Edipo:

Vos, que sometéis a vuestra inteligencia cuanto ignoran los hombres, cuanto pueden aprender, cuanto encierran cielos y tierras, Tiresias, aunque vuestros ojos no ven, conocéis tan bien como nosotros el mal contagioso por que esta ciudad es desolada. Sólo a vos, soberano intérprete de los dioses, os miramos hoy como nuestro apoyo y nuestro libertador. Porque Febo, si no lo sabéis ya por mis mensajes, nos ha respondido que, para salir del abismo en que estamos, no tenemos otro recurso que descubrir a los matadores de Layo y condenarles a muerte o desterrarlos. Dignaos, por lo tanto, sin escatimar ni consultas ni auspicios ni ninguno de los otros medios de adivinación, salvar a esta ciudad y a su Príncipe y a vos mismo. Salvadnos de la impureza que la muerte de Layo extendió por esta tierra; sólo en vos reposa nuestro espíritu. ¡Qué más noble, qué más digna función que emplear sus facultades y su poder en provecho de sus conciudadanos!

Tiresias (Aparte.):

¡Oh, qué triste es poseer algunas luces cuando no sirven para nuestra felicidad! Harto sé lo que me preguntan, y muero de dolor... ¿Para qué habré venido?

Edipo:

¿Qué sucede? ¿Qué abatimiento es ese en que os presentáis a mí?

Tiresias:

Dejadme volver sobre mis pasos, creedme, sufriréis más fácilmente vuestras desgracias y yo las mías.

Edipo

:

Esas palabras son injustas y crueles para la patria que os mantiene y a la que queréis privar de la explicación que os pido.

Tiresias:

Sólo veo imprudencia en vuestras palabras, y no quiero ser tan imprudente como vos.

El Coro (A Tiresias.):

En nombre de los dioses, iluminado como estáis, no nos abandonéis; nos prosternamos ante vos para suplicároslo.

Tiresias:

Estáis todos obcecados. No veis que yo quisiera callarme mis males para no descubrirlos vuestros.

Edipo:

¿Qué decís? ¡Estáis enterado y no os dignáis ilustrarnos!
¡Queréis traicionarnos, queréis perder la ciudad!

Tiresias:

No quiero afligiros a vos ni a mí. ¿Para qué interrogarme en vano? No sabréis nada por mí.

Edipo:

¡Oh, el más malo de los hombres (pues tu obstinación irritaría a un corazón de mármol)! ¡No hablarás! Te mostrarás siempre inflexible, inmovible.

Tiresias:

Me reprocháis la cólera que os inspiro; pero veis la que hay dentro de vos, y me condenáis.

Edipo:

¿Y quién podría sin cólera escuchar tus palabras que ultrajan a la patria?

Tiresias:

Lo que tengo que decir se descubrirá por sí mismo, aunque

yo quisiera ocultarlo en la sombra del silencio.

Edipo:

Lo que debe descubrirse es menester que tú me lo declares.

Tiresias:

No me explicaré más. Ahora entregáos, si os place, a los más feroces movimientos de vuestra ira.

Edipo:

Bien, en el furor que me domina, no disimularé nada de lo que presumo. Sabe, pues, que sospecho que eres tú el autor de la conspiración: que tú lo has hecho todo menos matar al rey, y que si no hubieras estado ciego el crimen hubiera sido tuyo por entero.

Tiresias:

Y yo os digo, en verdad, que seréis la víctima de vuestro propio anatema, y que, en el mismo día, el pueblo y yo no os hablaremos más; que os miraremos todos como el objeto impuro cuya presencia ha mancillado esta tierra.

Edipo:

¿A qué punto de impudicia has llegado para atreverte a hablarme así? ¿Y dónde crees poder desafiar mi venganza?

Tiresias:

La desafío ya, puesto que llevo en el seno la omnipotente verdad.

Edipo:

¿Quién te enteró de ella? ¿Tu ciencia?

Tiresias:

Vos mismo; vos, que, a pesar mío, me habéis obligado a explicarme.

Edipo:

¿Qué has dicho? Repite de nuevo para enterarme.

Tiresias

:

¿No me habéis entendido bien o queréis instarme a decir más?

Edipo:

No estoy bastante enterado, es preciso que te expliques otra vez.

Tiresias:

Digo que sois vos mismo el asesino que buscáis.

Edipo:

No repetirás impunemente dos veces semejantes horrores.

Tiresias:

¿Seguiré hablando para irritaros más?

Edipo:

Todo lo que quieras, tus discursos no serán menos frívolos.

Tiresias:

Digo que no conocéis la unión infame que os une con lo más caro para vos ni el abismo horrible en que estáis.

Edipo:

¿Piensas lisonjearte mucho tiempo de haber proferido tales palabras?

Tiresias:

Sí, si la verdad tiene alguna fuerza.

Edipo:

La tiene, sin duda, pero no para ti, a quien una profunda ceguera impide a la vez ver, oír y entender.

Tiresias:

Desgraciado; me ultrajas, pero tales ultrajes los recibirás pronto de todos.

Edipo:

En la noche oscura en que estás hundido, no sabrías herirme

a mí ni a ninguno de los mortales que gozan de la luz.

Tiresias:

El destino no quiere tampoco que caigáis bajo mis golpes, sino bajo los de Apolo que se ha reservado el cuidado de castigaros.

Edipo:

¿De quién parten esas imposturas? ¿De Creón o de ti?

Tiresias:

Creón no os ha hecho ningún mal; sois vos quien os lo habéis hecho.

Edipo:

¡Oh, riquezas, poder del trono, dones supremos del espíritu que lanzáis sobre la vida un resplandor tan peligroso, cuán inevitable es que la envidia vele incesantemente en torno vuestro cuando Creón, que empezó por tener toda mi confianza y se mostró mi amigo, celoso ahora del trono que yo no pedí y que los tebanos me dieron, no tiene otro deseo sino echarme de él, y en la secreta trama en que me envuelve, se sirve contra mí de este pretendido adivino, de este impostor artificioso, de este mendigo abyecto, que no sabe ver sino el oro y es ciego para su arte!... Pero dime cómo se explica que seas tan hábil adivino y que cuando el monstruo canoro hacía oír aquí sus cantos fúnebres no descubrieses medio alguno de libertar de él a tu patria. ¿Había que dejar a un extranjero el cuidado de descifrar los enigmas de tal monstruo y no debías entonces emplear tus profecías? Y no obstante, ni tus aves ni los dioses te hicieron conocer nada. Fué Edipo, fuí yo quien, llegando aquí y no sabiendo nada de lo que concierne a tu arte, supe vencer al monstruo, no por el vuelo de las aves, sino por la penetración de mi mente; y no obstante, hoy querrías echarme del trono, en la esperanza de tener siempre libre acceso a él ocupándolo Creón.

Pero espero que tú y tu cómplice tendréis lugar de

arrepentiros de haber tramado contra mí esta conjura; y ya, si no tuviese en cuenta tus años, habrías reconocido por tu suplicio la vanidad de tus esperanzas.

El Coro:

En medio de nuestras conjeturas, oh príncipe, demasiado vemos que sólo la cólera ha podido dictar a uno y otro semejante lenguaje. Pero dejemos tales palabras inútiles y pensemos sólo en la mejor manera posible de cumplir el oráculo.

Tiresias:

Por muy rey que seáis, Edipo, os responderé como a mi igual, pues no soy vuestro esclavo ni lo sería de Creón si llegase a reinar: Apolo es el único a quien sigo. Me habéis ultrajado, me habéis reprochado la pérdida de los ojos; los vuestros están abiertos, no lo niego; pero no veis en qué males estáis hundido, en qué morada vivís, con quién habitáis... ¿Sabéis de quién procedéis? Ignoráis que sois el enemigo de los vuestros, de los que están entre los muertos y de los que están aún sobre la tierra. Las dos furias vengadoras de una madre y de un padre os herirán a la vez y os echarán luego de esta comarca; veis ahora la luz y no veréis ya sino las tinieblas. ¡Qué ribera, qué antro del Citerón no resonará con vuestros lamentos, cuando conozcáis lo que es el tempestuoso himeneo en que creísteis hallar un puerto tranquilo! ¡No conocéis la cadena de horrores que debe asimilaros a vuestros hijos y a vuestros hijos a vos! Ahora, desencadenaos contra Creón y contra mí; ya que entre todos los mortales confundidos por el infortunio no habrá nunca ninguno tan criminal como vos.

Edipo:

¿Sufriré por más tiempo semejantes ultrajes? Perecerá... Huye sin tardanza, huye y sal para siempre de aquí.

Tiresias:

No hubiera venido si no me hubierais llamado.

Edipo

:

No podía imaginar que palabras tan insensatas salieran de tu boca; no me hubiera apresurado tanto a llamarte.

Tiresias:

Os parezco insensato. Era sabio a los ojos de quienes os dieron el ser.

Edipo:

¿Quiénes son? No te vayas... ¿A qué mortales debo el nacimiento?

Tiresias:

La misma luz alumbrará tu nacimiento y tu muerte.

Edipo:

Es demasiado prolongar palabras enmarañadas y oscuras.

Tiresias:

¡Érais en otro tiempo tan hábil para penetrar tales enigmas!...

Edipo:

¡Insúltame ahora en las ventajas que son mi gloria!

Tiresias:

Esas ventajas os han perdido.

Edipo:

¿Qué me importa mi pérdida si he salvado a la ciudad?

Tiresias:

Me retiro. Niño, conducidme.

Edipo:

Que te conduzca, ya que extiendes a tu paso la turbación y el desorden; cuando estés lejos de aquí, no nos importarás.

Tiresias:

Salgo; pero al partir diré, sin temer vuestra presencia, cuanto tenía que decir, pues no está en vuestro poder el perderme.

Os anuncio que el asesino que buscáis, que amenazáis y que queréis castigar por la muerte de Layo, pasa aquí por un extranjero admitido en el número de nuestros ciudadanos; pero que pronto será reconocido por verdadero hijo de Tebas, y ese cambio no será para él motivo de alegría; pues ve la luz y no la verá más; es rico, y se tornará pobre, y explorando su camino con un báculo que le servirá de apoyo, pasará a una tierra extranjera. Se juntarán en él el padre y el hermano de sus hijos, el hijo y el esposo de la que le dio el ser, el asesino de su padre y el marido de su madre. Volved ahora a vuestro palacio y medidad sobre lo que acabáis de oír; si podéis llamarme mentiroso decid que no sé nada del arte de la adivinación.

El Coro:

¿Quién es aquel a quien el antro profético de Delfos ha denunciado como el asesino cuyas manos ensangrentadas cometieron el más horrible de los crímenes? En seguida debe, con pie más ligero que los más veloces corceles, precipitar su fuga. El hijo de Zeus, armado de relámpagos, se apercibe a confundirle y las furias terribles e inevitables siguen los pasos del dios. Su voz inmortal acaba de resonar en el Parnaso nevado y nos manda seguir por todas partes las huellas del matador desconocido. Sin duda, semejante a un toro salvaje, vaga por la espesura de los bosques, por las cavernas, por las rocas desiertas; y arrastrando con dolor su vida solitaria intenta esquivar los oráculos de Delfos; pero esos oráculos, que no mueren nunca, le siguen y vuelan tras él. ¡Con qué horribles, con qué espantosos pensamientos el sabio adivino ha turbado nuestro espíritu! No podemos ni acogerlos ni rechazarlos; no sabemos lo que hemos de decir. Nos abandonamos al vuelo de la esperanza sin mirar a los lados ni atrás. ¿Qué motivo de querrela ha podido haber nunca entre los Labdácidas y el hijo de Polibio? Lo ignoramos y no sabemos tampoco en virtud de qué conjeturas, entregándonos a la voz que acaba de hacerse oír entre nosotros, podríamos vengar en Edipo la muerte de Layo de la que se ignora el autor.

Zeus y Apolo no lo ignoran; conocen todas las acciones de los mortales. Pero nada podrá persuadirnos de que un adivino esté más enterado que nosotros y que la sabiduría de un hombre le ponga por encima de la de otro. No, nunca, sin estar convencidos por el testimonio de nuestros ojos, uniremos nuestra voz a la de los acusadores de Edipo. Cuando el monstruo alado con rostro de mujer apareció ante él, ¿no dio brillante muestra de su sabiduría y de su buena voluntad para nuestra patria? Después de tan gran servicio, nuestro espíritu se resiste a no ver en él sino un mal hombre.

Acto tercero

Escena I

CREÓN, el Coro

Creón (Al Coro.):

Tebanos, al tanto de las acusaciones graves de que Edipo me ha hecho objeto, y no pudiendo soportar tal vergüenza, vengo en vuestra busca; como nunca, con mis acciones o con mis palabras, he intentado perjudicarlo, prepararle la pena que sufre y de que me juzga el autor, con tal oprobio sobre mí, desearía poco prolongar mis días; pues no se trata de una imputación leve, sino grave en extremo, ya que no tiende nada menos que a declararme pérfido con vosotros, con mis amigos y con la patria.

El Coro:

Es un ultraje que la violencia de la cólera, más que el sentimiento de la verdad, ha lanzado contra vos.

Creón:

¿Cómo ha podido decir que yo había comprometido al adivino a proferir esa mentira?

El Coro:

Lo ha dicho; pero no sabemos con qué fundamento.

Creón:

¿Su rostro y su actitud no denotaban algún extravío en su espíritu?

El Coro:

No sabemos; pues no hacemos objeto de investigación a nuestros señores. Pero he aquí al rey que sale de su palacio.

Escena II

Los precedentes, EDIPO

Edipo:

¡Vos aquí! ¿Cómo habéis osado presentaros de nuevo? ¿Con qué cara osáis acercaros a este palacio, vos que me asesináis, que conspiráis abiertamente para arrebatarme el trono? Hablad; en nombre de los dioses, decidme si habéis descubierto en mi persona algún indicio de flaqueza o de demencia que os haya llevado a emprender esa conspiración. ¿Pensabais que yo no me percataría del artificio con que habéis envuelto vuestros propósitos y que al descubrirlo no me vengaría? ¿No es para vos la más loca de las empresas pretender, sin amigos y sin la aquiescencia del pueblo, usurpar un trono que sólo puede adquirirse con tesoros y con el apoyo de la multitud?

Creón:

¿Sabéis ahora lo que habéis de hacer? A cuanto acabáis de decirme escuchad lo que he de responder, y cuando estéis enterado, juzgadme.

Edipo:

Vos sois muy hábil para discurrir, y yo muy inhábil para asesorarme por vos, en quien he descubierto un enemigo peligroso.

Creón:

Prestad oído un momento a lo que voy a deciros.

Edipo:

No me digáis que no sois el más pérfido de los hombres.

Creón:

Si pensáis que la obstinación es un bien, carecéis de prudencia y estáis en un error.

Edipo:

Si pensáis poder atacar a un pariente sin que ello os traiga perjuicio, no es más pequeño vuestro error.

Creón:

Lo que decís es justo, lo confieso. Pero dignaos decirme qué injuria habéis sufrido de mi parte.

Edipo:

¿No me habíais persuadido de que era preciso enviar por ese famoso adivino?

Creón:

Sin duda, y aún estoy en la misma creencia.

Edipo:

¿Cuánto tiempo hace que Layo...?

Creón:

¿Qué queréis decir? No adivino...

Edipo:

¿Desapareció y murió a manos de un asesino?

Creón:

Un largo espacio de tiempo ha transcurrido ya.

Edipo:

¿Y ese adivino era entonces lo que es en su arte?

Creón:

Era tan hábil y estaba tan en boga como hoy.

Edipo:

¿Y entonces habló de mí?

Creón:

No, nunca, al menos en mi presencia.

Edipo:

¿Y no hiciste ninguna indagación sobre la muerte de Layo?

Creón:

La hicimos, sin duda; ¿cómo íbamos a descuidar eso? Pero no pudimos averiguar nada.

Edipo:

¿Y cómo tan hábil adivino no dijo entonces lo que hoy dice?

Creón:

No sé; no me gusta hablar de lo que ignoro.

Edipo:

Pero lo que os atañe no lo ignoraréis al menos, y lo podréis decir.

Creón:

¿Qué podré decir? Si lo sé, no me negaré a ello.

Edipo:

Que si Tiresias no se hubiera aliado con vos, no me hubiera achacado nunca la muerte de Layo.

Creón:

Vos sabréis si os la achaca; en cuanto a mí, creo justo interrogaros a mi vez.

Edipo:

Interrogad; no temo verme convicto de asesinato.

Creón:

¿Qué? ¿El himeneo no os unió con mi hermana?

Edipo:

No puedo negarlo.

Creón:

¿No reináis aquí con ella? ¿No participáis de su imperio?

Edipo

:

Y todo lo que quiere lo obtiene fácilmente de mí.

Creón:

¿No soy tratado de igual a igual por vosotros dos?

Edipo:

Y en eso se ve la perfidia de un amigo como vos.

Creón:

No, si me dais tiempo de explicarme, como yo os lo he dado. ¿Pensáis, por de pronto, que nadie preferiría nunca el poder supremo, con mezcla de temor, a ese mismo poder tranquilo y libre de inquietud? En cuanto a mí, lo que puede halagarme no es tanto tener el nombre de rey como tener el poder; y todo hombre prudente pensará como yo. Todo lo que puedo desear lo recibo de vos exento de alarmas. Si reinase yo, ¿a cuántas acciones no estaría obligado que contradirían mis deseos? ¿Cómo el goce del trono me sería más agradable que un poder tan sin límites, pero sin pena ni inquietud? No hay seducción que pueda hacerme preferir cosa alguna a un bien que reúne tantas ventajas. Hoy soy buscado por todo el mundo, todos me acarician y me halagan, a mí se dirigen los que os necesitan, por mí consiguen lo que piden. ¿Cómo podría yo, renunciando a tales dulzuras, ambicionar otras? Con un poco de prudencia, un espíritu razonable no llega a ser malo. Nunca mi corazón se inclinó a propósitos semejantes y nunca hubiera podido unirme con quien fuera capaz de ejecutarlos. Si queréis la prueba de lo que os digo, id a Delfos e informaos de si he interpretado fielmente la respuesta del oráculo. Si descubris que he podido aliarme con el arúspice y conspirar contra vos en unión suya, pronunciad, si no basta una sola para perderme, dos sentencias y añadid mi voto al vuestro; pero no me acuséis arbitrariamente y por vagas sospechas, que no es justo confundir de un modo ligero a los malos con los buenos y a los buenos con los malos. Pensad que privarse de un amigo verdadero es (me atrevo a decirlo) privarse de la vida, a la que se tiene tanto apego. Pero el tiempo os hará conocer lo que debéis pensar.

Sólo el tiempo muestra cuál es el hombre justo; un solo día basta para descubrir al malo.

El Coro:

Si queréis evitar, oh príncipe, caer en el error, las advertencias de Creón no pueden sino seros útiles. La demasiada prevención nos pone en peligro de engañarnos.

Edipo:

Cuando un enemigo se dispone a atacarme en secreto, es necesario que, a mi vez, yo me disponga a rechazar el ataque. Si permanezco tranquilo, si no me apresuro, su plan se ejecuta y mis propósitos son vanos.

Creón:

En fin, ¿qué queréis? ¿Echarme de esta tierra?

Edipo:

Es demasiado poco; quiero vuestra muerte, y no vuestro destierro.

Creón:

Cuando me hayáis mostrado qué motivo de malquerencia y de reproche podéis tener contra mí.

Edipo:

Me habláis como si no creyeseis en mis amenazas o quisierais desafiarlas.

Creón:

No veo vuestro espíritu conducido por la razón.

Edipo:

Lo está para lo que me atañe.

Creón:

Lo debe estar también para lo que me concierne.

Edipo:

¡Cómo! ¡Si sois un traidor!

Creón:

Pero si os engañáis...

Edipo:

Quiero ser obedecido.

Creón:

No lo seréis si reináis mal.

Edipo:

¡Tebas, Tebas!

Creón:

No la llamaréis vos sólo: la llamaré yo también en mi socorro.

El Coro:

Príncipes, cesad. He ahí a Yocasta que sale del palacio; viene a punto para mediar en vuestra querella.

Escena III

Los precedentes, YOCASTA

Yocasta:

¡Infortunados! ¿Qué combate es ese de palabras imprudentes con que os humilláis uno a otro? ¿No os avergonzáis, en medio de las miserias públicas, de suscitaros además males domésticos? Entrad en vuestro palacio, Edipo; vos, Creón, volved al vuestro. No hagáis de una pequeña causa un gran motivo de pena.

Creón:

Hermana mía, se trata de una suerte cruel que me prepara Edipo, vuestro esposo, haciéndome escoger entre estos dos suplicios: el destierro o la muerte.

Edipo:

Sí, puesto que le he sorprendido tramando contra mi vida una conspiración abominable.

Creón:

No goce yo más tiempo de la luz, perezca bajo el peso del odio celeste, si soy culpable de lo que me acusa.

Yocasta:

En nombre de los dioses, Edipo, creed en su palabra. Considerad el juramento que dirige a los inmortales; considerad los deseos de vuestra esposa y los de vuestro pueblo.

El Coro:

Que vuestro propio corazón, que la razón, gran príncipe, os fuercen a rendiros, os lo suplicamos.

Edipo:

¿Qué exigís de mí?

El Coro:

Respetar a un príncipe ya digno de vuestra consideración y cuyo juramento además debe realzarle a vuestros ojos.

Edipo:

¿Sabéis lo que me pedís?

El Coro:

Sin duda.

Edipo:

Explicaos.

El Coro:

No tratar como a un criminal cargado de oprobios a un amigo a quien la religión del juramento ha consagrado, cuando no tenéis ninguna prueba evidente contra él.

Edipo:

Sabed, pues, que al pedirme esa gracia me pedís a mí mismo o mi destierro o mi muerte.

El Coro:

Ponemos por testigo al sol, el más brillante de los inmortales; perezcamos abandonados de los dioses y de nuestros amigos, víctimas de la suerte más funesta, si semejante pensamiento ha tenido entrada en nuestro espíritu. Pero ¡infelices de nosotros! el estado horrible de la patria nos desgarró el corazón y sentimos aún aumentar nuestro infortunio si la desgracia de vuestras visiones colma nuestros males.

Edipo:

Bien, que escape a mi venganza, que deba yo perecer o verme con indignidad expulsado de esta tierra. Sólo por vuestra súplica, no por la suya, me dejo conmover. En cuanto a él, esté donde esté, no puede ser a mis ojos sino objeto de odio.

Creón:

No cedéis sino a pesar vuestro: lo veo; pero ese pesar os dolerá cuando vuestra cólera haya tenido término. Un carácter como el vuestro lleva en sí mismo su propio castigo.

Edipo:

Salid o dejadme.

Creón:

Salgo sin que me hagáis justicia; pero justificado a los ojos del pueblo. (Sale.)

El Coro (A Yocasta.):

¿Por qué, Princesa, demoráis el tornar al rey a su palacio?

Yocasta:

Quisiera saber qué acontecimiento...

El Coro:

Sospechas sin fundamento han surgido y atormentan a quien no las merece.

Yocasta:

Por una y otra parte.

El Coro:

Es muy cierto.

Yocasta:

¿Sobre qué discutían?

El Coro:

Basta ya, a nuestro juicio. Muchas desgracias pesan sobre la ciudad; detengámonos donde termina su querella.

Edipo:

¿No veis, hombres prudentes, a lo que conducen esas palabras? Abandonáis mis intereses y desgarráis mi corazón.

El Coro:

Os lo hemos dicho ya, oh rey nuestro, estad convencido; mereceríamos pasar por insensatos, incapaces de reflexión, si nos separásemos de vos, oh príncipe, de vos que habéis levantado nuestra patria y la habéis sacado de la situación deplorable a que se hallaba reducida. Seguid siendo ahora nuestra guía y salvadnos si os es posible.

Yocasta:

En nombre de los dioses, Edipo, decidme de dónde puede proceder la violenta cólera de que estáis animado.

Edipo:

Os lo diré, señora (pues mis consideraciones para vos irían aun más lejos): procede de Creón y de la conspiración que ha tramado contra mí.

Yocasta:

¿Tenéis algún evidente motivo de acusación?

Edipo:

Dice que soy yo el matador de Layo.

Yocasta:

¿Lo dice como sabiéndolo por sí mismo o como habiéndose enterado por algún otro?

Edipo:

Lo dice por boca de un pérfido adivino que me ha enviado y que se complace por doquier en desencadenar su lengua contra mí cuanto le es posible.

Yocasta:

Dejad un momento el cuidado que os ocupa; escuchadme y ved hasta qué punto el arte de la adivinación es quimérico entre los humanos; os lo probaré en pocas palabras. Un oráculo fué enviado a Layo (no diré que viniese del mismo Febo, sino de uno de sus ministros). Este oráculo anunciaba que su destino le condenaba a perecer a manos de un hijo que tendría conmigo, y sin embargo, es público que bandidos extranjeros le asesinaron en un sitio donde el camino se

divide en tres ramales. En cuanto a su hijo, apenas habían transcurrido tres días de su nacimiento cuando, atándole los pies, Layo le hizo abandonar, por manos extrañas, en una montaña inaccesible. Así el oráculo de Apolo no se realizó; mi hijo no fué el asesino de su padre y Layo no murió a manos de su hijo, como tanto lo había temido. A esto vinieron a parar todos los vanos discursos proféticos. Cesad, pues, de inquietaros. Lo que los dioses quieren indagar lo descubren sin trabajo.

Edipo:

¡Qué sorpresa escuchándoos, señora, acaba de turbar mi ánimo y de llenarme de confusión!

Yocasta:

¿Qué inquietud os asalta y os hace hablar así?

Edipo:

Creo haberos oído decir que Layo fué asesinado en un camino que se divide en tres ramales.

Yocasta:

Sí; pues así se dijo y no ha cesado de repetirse.

Edipo:

¿Y en qué comarca está el lugar donde la muerte se cometió?

Yocasta:

En la Fócida. Dos caminos diferentes que vienen de Delfos y de Daulis y convergen en un tercero.

Edipo:

¿Y en qué tiempo ocurrió ese acontecimiento?

Yocasta:

Se hizo público en la ciudad poco antes de que vos subieseis al trono de Tebas.

Edipo:

¡A qué me habéis destinado, oh Zeus!

Yocasta:

¿Qué pensamiento os agita, Edipo?

Edipo:

No me interroguéis. Decidme solamente cuál era la estatura y el aspecto de Layo, y qué edad representaba.

Yocasta:

Era alto; sus cabellos comenzaban a blanquear y su rostro tenía algún parecido con el vuestro.

Edipo:

Triste de mí. ¡Ha sido, pues, sobre mí mismo sobre quien he lanzado hace un momento, sin saberlo, mis horribles imprecaciones!

Yocasta:

Príncipe, ¿qué decís? No me atrevo ni aun a miraros.

Edipo:

Mucho me temo que sea el adivino demasiado clarividente. Me aseguraré más, si queréis seguir respondiéndome.

Yocasta:

Tiemblo. No obstante, interrogadme y os diré lo que pueda saber.

Edipo:

¿Viajaba sin pompa o iba acompañado de numerosos satélites como cuadra a un rey?

Yocasta:

Cinco hombres constituían su séquito; en ese número estaba comprendido un heraldo. No llevaba más que un sólo carro.

Edipo:

¡Todo se ha aclarado! ¿Y quién, señora, os trajo la noticia de la muerte de Layo?

Yocasta

:

Un hombre de su séquito, el único que escapó.

Edipo:

¿Y ese hombre, está ahora en este palacio?

Yocasta:

Ya no está; pues tan luego como regresó y os vio, después de la muerte de Layo, tornaros dueño de este imperio, me suplicó, cogiéndome la mano, que le enviase al campo y le encargase de la guarda de los rebaños para ahorrarle el dolor de ver nunca más esta ciudad. Le envié; pues, aunque esclavo, hubiera merecido por adhesión una gracia aun más particular.

Edipo:

¿Se le podría mandar llamar en seguida?

Yocasta:

Sin duda... Pero, ¿cuál es vuestro designio haciéndole venir?

Edipo:

Temo en lo profundo de mi corazón, que se me haya dicho demasiado; por eso quiero verle.

Yocasta:

Seréis complacido. Pero, señor, ¿me concederéis la gracia de enterarme de lo que os atormenta?

Edipo:

Me guardaré bien, señora, de negároslo, en medio del caos de esperanzas a que me abandono todavía. Y ¿a quién podría confiarme mejor que a vos, en las circunstancias singulares en que me encuentro? Mi padre, que se llama Polibio, es de Corinto, mi madre de Doria, y se llama Mérope. Yo era considerado en Corinto como el primero de los ciudadanos, antes que la suerte diera lugar a un acontecimiento que no deja de ser sorprendente, pero que no merecía las inquietudes que me causó. En un banquete, un hombre presa de la embriaguez me dijo en el calor del vino que yo no era

sino un hijo adoptivo que habían dado a mi padre. Bajo el peso de tal insulto me costó trabajo contenerme durante el resto del día. Pero al siguiente fuí en busca de los autores de los míos y les hice oír mis quejas. Se indignaron del ultraje que me había hecho el que aventuró semejantes palabras. Su respuesta me dio alguna alegría; sin embargo, lo que se me había dicho había penetrado muy hondo para no desgarrarme el corazón. Sin saberlo mis padres partí en secreto para Delfos. Apolo, a quien consulté, me dejó volver sin dignarse responder a las preguntas que yo había venido a hacerle; pero me anunció, sin oscuridad, cuanto hay de más horrendo, de más deplorable, de más terrible. Me dijo que debía casarme con mi madre; que daría el ser a una raza execrable a los ojos de los mortales, que sería el asesino de mi padre. Apenas hube oído estas palabras, resuelto a abandonar Corinto y a no medir en adelante la distancia a que pudiera hallarme de dicha ciudad sino por la de los astros, emprendí la huída hacia lugares donde pudiera evitar la realización de los oráculos crueles que me habían sido anunciados. Avanzo; me acerco al sitio en que decís que Layo fué asesinado, y osaré, señora, deciros la verdad. Cuando estuve cerca del lugar donde convergen los tres caminos, un heraldo y un hombre como el que habéis descrito, montado en un carro, me salieron al paso. El auriga y el mismo anciano quisieron apartarme con violencia. En mi cólera, golpeo al guía audaz que me empujaba fuera del camino: el anciano que me ve pasar junto al carro aprovecha la ocasión y me alcanza con su látigo en medio de la cabeza; en seguida recibió un castigo más grande que el golpe que me había dado. Le golpeé con el bastón de que mi mano estaba armada y en el mismo momento cayó de lo alto de su carro, boca arriba, y rodó por el polvo. Todos sus acompañantes perecieron a mis golpes. ¿Si aquel extranjero tiene algo de común con Layo, quién fué nunca más desgraciado que yo? ¿Qué mortal fué más odiado por los dioses? Ningún ciudadano, ningún extranjero podrá ya hablarme ni recibirme en su casa; todos me rechazarán de su hogar. ¡Y esta sentencia, estas imprecaciones yo mismo las he lanzado sobre mí! ¡Mis manos, estas manos

ensangrentadas mancillan el lecho de aquel a quien asesinaron! ¿Soy en efecto un criminal? ¿Soy un mortal impuro? Yo que estoy obligado a huir para evitar, huyendo, encontrar nuevamente a los autores de mis días y poner los pies en mi patria, de nuevo me expongo a unirme con mi madre en himeneo incestuoso y a llegar a ser el asesino de mi padre, de Polibio, a quien debo la crianza y la vida. ¿Quién, ante los males, por un dios cruel acumulados sobre mí, podría justificarle? Haced, haced, oh majestad santa de los inmortales, que semejante día no luzca nunca para mí; que yo desaparezca de la morada de los hombres antes de ver sobre mi frente el estigma de tal desgracia.

El Coro:

Lo que acabamos de oír, oh rey nuestro, nos hiela de terror; no obstante, conservad aún alguna esperanza.

Edipo:

La única esperanza que me queda, lo mismo que a vosotros, está en ese hombre encargado de la guarda de nuestros rebaños.

Yocasta:

¿Qué podéis esperar de su presencia?

Edipo:

Voy a explicároslo. Si confirma exactamente vuestro relato, no temeré ya ser criminal.

Yocasta:

¿Qué he dicho yo que pueda ser tan ventajoso para vos?

Edipo:

Que, según los relatos de ese hombre, Layo fué asesinado por bandidos. Si persiste en hablar de varios asesinos, no soy yo quien le hice perecer, pues uno solo no es posible que parezca varios; pero si no designa más que un solo hombre, todo está aclarado y a mí es imputable el crimen.

Yocasta:

Ese hombre se explicó bien, no lo dudéis; no le es posible retractarse; no soy yo sola quien le ha oído: toda la ciudad ha podido oírle como yo. Pero aunque llegase a cambiar de lenguaje, no nos demostraría que la muerte de Layo haya justificado el oráculo de Apolo, que había anunciado que el príncipe moriría a manos de su hijo. Ese hijo infortunado no ha hecho perecer a su padre, sino que él pereció antes miserablemente. Así, en este caso, como en cualquier otro que sobrevenga, no puedo dar fe a la palabra de un adivino.

Edipo:

Tenéis razón. Con todo, enviad a buscar a ese hombre: no descuidéis eso.

Yocasta:

Voy a enviar por él al punto. Pero entremos. No quiero hacer nada que no os sea grato.

El Coro:

¡Concédanos el cielo la dicha de conservar en nuestras palabras y acciones la incorruptible pureza, cuyas leyes sublimes nacieron en el seno de las regiones celestes! No deben el ser estas leyes a la raza de los mortales; el Olimpo solo les dio nacimiento, y el sueño del olvido no podrá jamás alcanzarlas. Por ellas Zeus es grande y no envejece nunca. La tiranía produce el orgullo, que, locamente embriagado de cuanto hay de extravagante, se eleva a las alturas escarpadas, donde sus pasos tórnanse vacilantes y poco firmes. Poderoso dios, no interrumpamos estos debates esclarecedores, que deben salvar a la ciudad; oye los votos que te dirigimos y nunca cesaremos de considerarte como nuestro dios tutelar.

Si, sin temor a la justicia, sin respetar las moradas eternas de los dioses, algún mortal da rienda suelta a su orgullo en sus palabras o en sus actos; si aumenta sus riquezas por

medios ilícitos; si persiste en su impiedad y se apega insensatamente a deseos que le están vedados, que el destino más funesto sea su patrimonio, y la sanción de su culpable insolencia. ¿Y quién vendría entonces a defenderle de los dardos destinados a horadar su alma? Si semejantes acciones fueran honradas, ¿para qué en adelante nuestras danzas sagradas en honor de los inmortales? No iríamos ya con nuestros votos al lugar sagrado que se llama el centro de la tierra, ni al templo abesiano, ni al de Olimpia, donde Zeus es adorado, si los oráculos que han sido publicados resultan inútiles para los humanos. ¡Oh, soberano de los dioses, oh Zeus, tú que tienes bajo tu imperio el universo, si es cierto que te dignas oírnos, no te olvides de ti mismo; no olvides los intereses de tu poder inmortal! Ya las predicciones anunciadas a Layo son consideradas como nulas; Apolo no tendrá ya honores que pretender: el culto de los dioses está destruido.

Acto cuarto

Escena I

YOCASTA, el Coro

Yocasta (*Al Coro.*):

Cabezas de esta comarca, se me ha venido al pensamiento ir al templo de nuestros dioses a ofrecer las guirnaldas y los perfumes que llevo en las manos; pues Edipo deja arrebatarse su espíritu por mil ideas crueles. Ya, como un hombre fuera de sí, juzga del presente por el pasado, no escucha sino las palabras que le anuncian algún motivo de temor. Intento tranquilizarle, y mis esfuerzos son inútiles. Apolo Licio, a vos cuyo altar está aquí cerca, a vos voy a llevar mis votos y mis ofrendas. Dignaos favorecernos con vuestros divinos socorros; todos temblamos viendo la consternación de que es presa el piloto del estado.

Escena II

Un mensajero, YOCASTA, el Coro

Un Mensajero (*Al Coro.*):

¿Podrías decirme, oh tebanos, dónde está el palacio de Edipo y, sobre todo, si lo sabéis, en dónde puede estar el rey?

El Coro:

Extranjero, he ahí su palacio; Edipo está en su casa; esta princesa es la madre de los hijos del rey.

El Mensajero:

¡El cielo la haga dichosa! ¡Que la ilustre esposa de tal príncipe no vea en torno suyo sino corazones felices!

Yocasta:

Extranjero, sed feliz también; merecéis serlo en premio de vuestros favorables deseos; pero decidnos qué asunto os trae y qué tenéis que hacernos saber.

El Mensajero:

Un acontecimiento favorable para vuestra casa y para vuestro esposo.

Yocasta:

¿Qué acontecimiento? ¿De dónde venís?

El Mensajero:

Vengo de Corinto; la noticia de que voy a daros parte no puede menos de alegraros... y de afligiros a la vez.

Yocasta:

¿Qué noticia es esa y cómo podrá producir efectos tan contrarios?

El Mensajero

:

Los habitantes del istmo van a nombrar a Edipo rey de la comarca. Así se dice.

Yocasta:

¡Cómo! ¿El viejo Polibio no es ya el soberano?

El Mensajero:

No lo es ya, pues la muerte le encerró en la tumba.

Yocasta (*A una de sus mujeres.*):

Esclava, corred a anunciar al rey lo que acabáis de oír. (*Aparte.*) ¡Predicciones de los dioses, en lo que habéis quedado! Edipo huyó hace tiempo la presencia de Polibio para evitar darle la muerte, y he aquí que, previniendo ese golpe fatal, Polibio sucumbe sin morir a sus manos.

Escena III

Los precedentes, EDIPO

Edipo:

Yocasta, cara esposa, ¿para qué me mandáis llamar?

Yocasta:

Escuchad a este extranjero, y ved, luego de oírle, en lo que quedan las respetables predicciones de los dioses.

Edipo:

¿De qué país es y qué viene a decirme?

Yocasta:

Es de Corinto; os anuncia que vuestro padre ya no existe, que sus días han terminado.

Edipo:

¿Qué decís, extranjero? Explicadme vos vuestro mensaje.

El Mensajero:

Sí, ante todo he de confirmaros lo que he dicho: sabed que, en efecto, Polibio ha muerto.

Edipo:

¿Se ha conspirado contra su vida, o alguna enfermedad le ha hecho perecer?

El Mensajero:

El menor accidente basta para precipitar en la tumba un cuerpo debilitado por los años.

Edipo:

¿El infortunado, por lo visto, ha sucumbido a una enfermedad?

El Mensajero

:

Había vivido largos años.

Edipo:

¿Quién podría, señora, en adelante, recurrir al antro profético de Delfos, al vano lenguaje de las aves, a esos oráculos que me anunciaban que debía matar a mi padre? Muere, desciende a la tumba; y yo, yo estoy aquí, no he atentado contra su vida, a menos que el dolor de haberme perdido no haya anticipado su muerte; pues sólo de esta manera puedo ser su asesino. Así, pues, Polibio, con todos sus frívolos oráculos, yace ahora en la morada de los muertos.

Yocasta:

¿No os lo había yo dicho?

Edipo:

Me lo habéis dicho, pero mi corazón no escuchaba sino su temor.

Yocasta:

Desterrad de vuestro espíritu todos esos pensamientos.

Edipo:

¡Cómo! ¿No debo aun temer el lecho de mi madre?

Yocasta:

¿Qué debe temer un mortal a quien sale bien todo lo que depende de la fortuna y todo lo que depende de su previsión está oculto en el obscuro porvenir? Lo mejor de la vida es dejarse llevar, mientras se puede, por el acaso. Cesad de temer vuestra unión incestuosa con la que os dio el ser. ¡Cuántos hombres han soñado que compartían el lecho de su madre! Los que no se cuidan de esas vanas ideas viven días más felices.

Edipo:

Todo eso sería bueno si la que me dio el ser hubiera cesado de vivir. Pero mientras respire no puedo, pese a vuestras

razones, evitar el temor.

Yocasta:

La muerte de vuestro padre es ya para vos una gran luz.

Edipo:

Es grande, sin duda; pero mientras mi madre viva, tiemblo.

El Mensajero:

¿Quién es esa mujer que os inspira tanto temor?

Edipo:

Mérope: la esposa de Polibio.

El Mensajero:

¿Y qué puede, que se refiera a ella, alarmaros?

Edipo:

Una predicción terrible, anunciada por los dioses.

El Mensajero:

¿Se puede saber o debe ignorarse?

Edipo:

La sabréis: Febo me predijo que yo debía un día casarme con mi madre y que mis propias manos harían correr la sangre de mi padre. He aquí lo que hace largo tiempo me hizo abandonar Corinto; puedo estar contento de ello. ¡Sin embargo es tan dulce gozar de la vista de los que nos han dado el ser!

El Mensajero:

¡Cómo! ¿Ese temor os hizo dejar nuestros muros?

Edipo:

Quería evitar el ser un día el asesino de mi padre.

El Mensajero:

¡Cómo, habiendo venido, oh príncipe, en vuestro servicio, podría yo demorar el libraros de tal inquietud!

Edipo:

Beneficio tan grande sería pagado con un gran reconocimiento.

El Mensajero:

Eso, en efecto, ha conducido aquí mis pasos: la esperanza de que a vuestra vuelta a Corinto yo obtendría alguna gracia de vos.

Edipo:

Me guardaré bien de encontrarme allí nunca con los autores de mis días.

El Mensajero:

Hijo mío, bien se ve que ignoráis lo que hacéis...

Edipo:

¿Qué decís, anciano? En nombre de los dioses, dignaos instruirme.

El Mensajero:

Si por huir de vuestros padres evitáis el volver a Corinto...

Edipo:

Temo ver a Apolo justificar su oráculo.

El Mensajero:

¡Teméis mancillaros con algún crimen viviendo con ellos!

Edipo:

He ahí, anciano, he ahí el motivo eterno de mis temores.

El Mensajero:

Ignoráis que vuestros temores no tienen ningún fundamento legítimo.

Edipo:

¿Cómo no van a tenerlo? Siendo yo, en efecto, el hijo de Polibio...

El Mensajero:

Es que Polibio no es nada vuestro.

Edipo:

¿Qué decís? ¡Polibio no era mi padre!

El Mensajero:

No lo era más que lo soy yo.

Edipo:

¿Y qué hay de semejante entre el que me dio el ser y el que no es nada mío?

El Mensajero:

Ni a él ni a mí nos lo debéis.

Edipo:

¿Y por qué me llamaba su hijo?

El Mensajero:

Sabed que os recibió de mis manos como un presente que le era caro.

Edipo:

¿Y qué pudo hacerle querer lo que recibió de mano extraña?

El Mensajero:

El dolor de verse sin hijos.

Edipo:

¿Me comprasteis para darme al príncipe, o erais vos mi padre?

El Mensajero:

Yo os había encontrado oculto en una garganta del Citerón.

Edipo:

¿Con qué objeto andabais por esa montaña?

El Mensajero:

Guardaba rebaños que pacían en aquellos valles.

Edipo:

¿Ibais, pues, errante como un pastor mercenario?

El Mensajero:

Sí, hijo mío; pero fuí vuestro salvador.

Edipo:

¿A qué males, a qué peligros estaba yo entregado cuando vos me salvasteis?

El Mensajero:

Las articulaciones de vuestros pies podrían ser testigos.

Edipo:

¡Oh cielos! ¿Qué males antiguos venís a recordarme?

El Mensajero:

Yo os libré de los lazos que herían vuestros pies.

Edipo:

Es verdad; conservo la señal de las indignas mantillas con que fué envuelta mi niñez.

El Mensajero:

También debéis a vuestro infortunio el nombre que lleváis.

Edipo:

En nombre de los dioses, ¿fueron mis padres los que me dieron ese nombre? Explicaos.

El Mensajero:

Lo ignoro, pero aquel de quien os recibí debe saberlo mejor que yo.

Edipo:

¡Cómo! ¿Me recibisteis de otro y no fuisteis vos quien me encontró?

El Mensajero:

No, no fuí yo. Otro pastor os puso en mis manos.

Edipo:

¿Qué pastor era ese? ¿Podría yo conocerle?

El Mensajero:

Era uno de los servidores de Layo.

Edipo:

¿Del último rey de este país?

El Mensajero:

Del mismo. Guardaba los rebaños de ese príncipe.

Edipo:

¿Vive todavía? ¿Podría yo verle?

El Mensajero:

Habitantes de esta comarca, vosotros debéis saberlo.

Edipo:

¿Hay entre vosotros alguno que conozca al pastor de que habla este anciano, y que le haya visto, ya en el campo, ya aquí? Apresuraos a decírnoslo: he aquí el momento de descubrirlo todo.

El Coro:

No creemos que ese pastor sea otro que el campesino que vos habéis ya deseado ver. Pero Yocasta misma podría decirlo mejor que nadie.

Edipo:

¿Pensáis, señora, que el hombre de que hemos ya deseado la presencia sea el mismo a quien se refiere este anciano?

Yocasta:

¿Quién es ese hombre? ¿Y a quién se refiere? Dejad esas vanas indagaciones y no os preocupéis de lo que os ha relatado.

Edipo:

No, no se dirá que teniendo semejantes indicios me he descuidado en esclarecer mi nacimiento.

Yocasta:

En nombre de los dioses, si os preocupa algo vuestra vida, no persigáis tal averiguación. Bastante sufro ya.

Edipo:

Tranquilizaos ya, señora; aunque cambiando de madre por tercera vez, se descubriera en mí al esclavo de los esclavos, vuestro rango no se degradaría.

Yocasta:

Dejaos persuadir, os lo suplico; no hagáis indagaciones.

Edipo:

No obtendréis de mí que renuncie a conocer la verdad.

Yocasta:

Tengo grandes razones para daros mejores consejos.

Edipo:

Esos consejos me fatigan hace mucho tiempo.

Yocasta:

¡Desgraciado! ¡Haga el cielo que no conozcáis nunca quién sois!

Edipo:

¿Me traerán pronto al pastor? Dejadla complacerse en el orgullo de su origen.

Yocasta:

¡Infortunado! He ahí todo lo que puedo deciros y os digo por última vez.

Escena IV

EDIPO, El mensajero, el Coro

El Coro:

¿Por qué, príncipe, por qué la reina ha salido así, cual desgarrada por un dolor amargo? Mucho tememos que su silencio anuncie desgracias sin cuento.

Edipo:

Que anuncie lo que quiera; no dejo por eso de querer conocer mi origen, por humilde que pueda ser. Llena del vano orgullo femenino, se avergüenza de mi obscuridad. Pero aunque yo no me considerase sino como el hijo feliz de la fortuna, no me creería deshonorado. Sin duda la fortuna es mi madre. Los meses y los días, creciendo conmigo, me han dado fuerza y magnitud; con semejante destino, no se me verá nunca cambiar hasta el punto de querer ignorar quién soy.

El Coro:

Si poseyéramos el arte de la adivinación; si alguna luz viniese a alumbrar nuestro espíritu, oh Citerón, lo juramos por el Olimpo, el día que luce no transcurriría sin vérsenos, agradecidos a la alegría que proporcionas a nuestros amos, celebrarte con nuestros cantos y nuestras danzas, como el conciudadano, como el nodrizo, como el padre de Edipo. ¡Apolo, dios conservador, seamos gratos a tus ojos! ¿Qué dios, hijo mío, os dio el ser? ¿Alguna hija de Febo, sorprendida en los bosques por el dios Pan, a quien seduce el apartamiento campesino? ¿Hermes, quizá? ¿O acaso os recibió Dionisos de manos de las ninfas, habitantes del Helicón, de las ninfas que son a menudo las compañeras de sus juegos?

Edipo (*Viendo al pastor que le traen.*):

Sí, sin haber visto nunca a ese anciano, puedo hacer alguna conjetura; creo adivinar al pastor cuya presencia deseamos hace tiempo; su mucha edad concuerda con lo que se ha dicho y con la de este Extranjero. (Señalando al Mensajero venido de Corinto.) Reconozco, además, a los que le conducen; están a mi servicio. Pero vosotros (al Coro) que le habéis conocido antiguamente, debéis saber mejor que yo...

El Coro:

Es él, le reconocemos, estad bien seguro. Era, más que otro alguno, adepto a Layo, de quien guardaba los rebaños.

Edipo:

A vos os interrogo ante todo, habitante de Corinto: ¿ese anciano es el que queréis designar?

El Mensajero:

El mismo que veis.

Escena V

Los precedentes, el DOMÉSTICO:

Edipo:

Y vos, anciano, miradme y responded a lo que os pregunte.
¿Estabais al servicio de Layo?

El Viejo Doméstico:

Fuí su esclavo, no comprado, sino criado en su casa.

Edipo:

¿De qué trabajo estabais encargado? ¿Qué empleo era el vuestro?

El Viejo Doméstico:

Casi siempre estuve al cuidado de los rebaños.

Edipo:

¿A qué sitio los conducíais más frecuentemente?

El Viejo Doméstico:

Al monte Citerón y a los campos vecinos.

Edipo:

¿Tenéis alguna idea de haber conocido allí a este hombre?

El Viejo Doméstico:

¿En qué ocasión? ¿Y de qué hombre me habláis?

Edipo:

Del hombre que aquí veis. ¿No habéis tenido relación con él?

El Viejo Doméstico:

No la bastante para que mi memoria le recuerde con facilidad.

El Mensajero:

No tiene nada de extraño; pero, señor, voy yo a recordarle distintamente lo que ha echado en olvido; pues hartó sé que no lo ignora. Cuando en el monte Citerón conducíamos, él dos rebaños y yo uno solo, le veía con frecuencia, durante tres meses enteros, desde el fin de la primavera hasta la aparición de la estrella del Norte. Al acercarse el invierno, yo tornaba con mi rebaño a mis establos y él tornaba con los suyos al de Layo. (*Al Viejo Doméstico.*) ¿Lo que digo es verdad o no?

El Viejo Doméstico:

Lo que decís es muy cierto, bien que hace mucho tiempo.

El Mensajero:

Bien, decid. ¿Os acordáis de que me entregasteis un niño para criarle como mi propio hijo?

El Viejo Doméstico:

¿Qué queréis decir y por qué esas preguntas?

El Mensajero (Señalando a Edipo.):

Ved, amigo mío, ved al que era entonces de una edad tan tierna.

El Viejo Doméstico:

El cielo os confunda... ¿No os callaréis?

Edipo (Al Viejo Doméstico.):

Basta, anciano; no riñáis a este hombre. Vuestras palabras, no las tuyas, merecen castigo.

El Viejo Doméstico:

¿Y cuál es la falta que he cometido, mi generoso amo?

Edipo:

No confesar el niño de que habla.

El Viejo Doméstico:

Habla sin saber nada y fuera de sazón.

Edipo

:

Hablarás de buen grado o los castigos te harán hablar.

El Viejo Doméstico:

En nombre de los dioses, ahorrad a un desgraciado anciano...

Edipo:

Que le aten al instante las manos a la espalda.

El Viejo Doméstico:

¡Infeliz de mí! ¿Y por qué? ¿Qué queréis saber?

Edipo:

¿Entregaste a este hombre el niño de que habla?

El Viejo Doméstico:

Se lo entregué. ¿Por qué no hallé aquel día el fin de mi vida?

Edipo:

Lo encontrarás si no dices la verdad.

El Viejo Doméstico:

Antes pereceré si la digo.

Edipo:

Este hombre, bien se ve, sólo busca dilaciones.

El Viejo Doméstico:

No las busco; he dicho que se lo había entregado.

Edipo:

¿De quién lo habías recibido? ¿Era tuyo o de algún otro?

El Viejo Doméstico:

No era mío; lo había recibido.

Edipo:

¿De qué ciudadanos? ¿De qué casa?

El Viejo Doméstico:

En nombre de los dioses, no me preguntéis más.

Edipo:

Si tengo que repetirme la pregunta, date por muerto.

El Viejo Doméstico:

Era un niño nacido en casa de Layo.

Edipo:

¿Era un esclavo o un hijo suyo?

El Viejo Doméstico:

¡Esto es lo que más trabajo me cuesta decir!

Edipo:

Y a mí oír; pero no importa, es necesario que lo oiga.

El Viejo Doméstico:

Pasaba por hijo de Layo. Pero la reina, que está en el palacio, podría mejor que nadie sacarnos de dudas.

Edipo:

¿Os entregó ella el niño?

El Viejo Doméstico:

Sí, príncipe.

Edipo:

¿Con qué objeto?

El Viejo Doméstico:

Para que le hiciese perecer.

Edipo:

¡Desgraciada! ¡Una madre!

El Viejo Doméstico:

Temiendo un oráculo espantoso.

Edipo:

¿Qué decía ese oráculo?

El Viejo Doméstico

:

Que el niño debía asesinar a los autores de sus días.

Edipo:

Y entonces, ¿cómo pudisteis entregarlo a este anciano?

El Viejo Doméstico:

Tuve piedad, señor, y se lo dí a este extranjero para que lo llevase a su patria. Le salvó de sus males para reservarle otros mayores, pues si sois, en verdad, quien él dice, ¡ved todo el horror de vuestro infortunio!

Edipo:

¡Ay de mí, todo está ya en claro! Luz del día, te miro por última vez, yo que he nacido de quien nunca hubiera debido nacer; yo que he contraído lazos incestuosos; yo que he vertido la sangre que hubiera debido respetar.

El Coro:

¡Razas infortunadas de los mortales! ¡No sois a mis ojos sino vanas sombras! ¿Quién entre los hombres ha conocido nunca otra dicha que la de parecer un momento feliz, gozar un instante de tal ilusión y caer al punto en el abismo? Contemplando tu infortunio, no tenemos en nada la felicidad de los mortales, oh desgraciado Edipo, que elevándote todo lo alto que le es dable a un mortal, has gozado todos los favores del destino; que hiciste perecer al monstruo de faz de doncella armado de garras crueles y famoso por sus enigmas; que fuiste para nuestra patria una muralla contra la muerte; que mereciste, en fin, ser nombrado nuestro rey. Todos los honores te han rodeado en el trono brillante de Tebas, y ¿qué hombre en las más grandes desgracias, en las más crueles revoluciones de su vida fue nunca más infortunado que tú ahora? ¡Oh, famoso Edipo, en qué puerto has abordado como padre, esposo e hijo! ¡Cómo, infortunado, cómo el lecho paterno ha podido sufrir en silencio

semejantes horrores! El tiempo, que todo lo ve, te ha descubierto a tu pesar; hace justicia, al fin, a ese himeneo execrable, donde el que fué engendrado engendró a su vez. Hijo de Layo, hagan los dioses que no te veamos nunca. De nuestra voz gimiente, sólo se pueden ya esperar acentos de dolor; y para decir verdad, tú nos volviste a la vida y tú nos hundes nuevamente en la tumba.

Acto quinto

Escena I

El Coro, un OFICIAL del Palacio

El Oficial:

¡Vosotros, a quien se reverencia en la comarca! ¡qué horrores vais a oír! ¡Qué aflicción va a llenar vuestros corazones, si aún os inspira algún interés la casa de los Labdácidas! Nunca las aguas del Istros ni del Fasis serán suficientes para lavar cuanto este palacio encierra de mancillas y de iniquidades. Unas y otras, sin que las fuerce nadie, van a salir a la luz. Los más aflictivos de todos los males son los que el infortunado se procura a sí mismo.

El Coro:

¡Oh, los que conocemos son ya hartos dolorosos! Para añadirles más, ¿qué tenéis que decirnos?

El Oficial:

Una palabra bastará para enteraros. La reina ha muerto.

El Coro:

¡Desgraciada princesa! ¿Y cómo ha perecido?

El Oficial:

Por su propia mano. Las circunstancias más dolorosas de su muerte no han llegado hasta mí, pues mis ojos no han podido verlas; pero en la medida que mi espíritu pueda sugerírmelo, vais a conocer todo lo que ha sufrido. Apenas, en los transportes que la agitaban, hubo franqueado el pórtico del palacio, arrancándose los cabellos con ambas manos, se dirige a su lecho nupcial: entra, cierra la puerta, llama a Layo, el esposo que hace tiempo no existe. Evoca la prenda antigua de su unión, el hijo que ha llegado a ser el asesino de su padre y que del seno mismo de su madre ha hecho salir una

deplorable descendencia; gime sobre el lecho funesto donde ha tenido esposo de su esposo e hijos de su hijo. Ignoro cómo su muerte ha seguido a sus gemidos; pues los gritos de Edipo, que han resonado en mi oído, me han impedido darme cuenta de su deplorable fin. Mis ojos se han vuelto hacia el príncipe que, corriendo de acá para allá, pedía que se le diese una espada; que se le dijese dónde estaba su mujer, no su mujer, sino la que llevó en su seno al padre y a los hijos. En su extravío, un dios, sin duda, se lo ha hecho saber; pues ninguno de los presentes osaba responderle; lo cierto es que, marchando como sobre los pasos de un guía invisible, se lanza con gritos terribles contra la puerta, la fuerza, la hunde y penetra en la cámara, donde vimos a la reina pendiente del lazo fatal que acababa de quitarle la vida. En cuanto la ve, el infortunado lanza horribles rugidos y se apresura a desatar el nudo de que pende. Apenas cae en tierra (¡espectáculo horrible!) se apodera de los broches de oro de sus vestiduras y con ellos se horada los ojos, gritando que no la vería más, ni a ella ni al objeto de sus crímenes, ni al objeto de sus tormentos; y que en adelante, hundidos en las tinieblas sus ojos, confundirían lo que había de esquivar y lo que había de buscar. Pronunciando estas palabras, que repitió muchas veces, se levantó los párpados y se arrancó los ojos. Una sangre negra corría por su rostro, no gota a gota, sino como en lluvia tempestuosa. Ved cómo uno y otro han dado rienda suelta a su desesperación; ved cómo ambos esposos han mezclado sus dolores y sus males. Con lo que la antigua felicidad, que parecía antes digna de ese nombre, no es hoy sino lamentos, desesperación, oprobio y muerte; se ha cambiado en cuanto, entre nosotros, merece el nombre de infortunio.

El Coro:

Y el desgraciado, ¿qué hace en medio de sus males?

El Oficial

:

Habla de abrir las puertas, de mostrar a todos los tebanos al que asesinó a su padre, al que de su madre... pronuncia palabras impuras que no me atrevo a repetir; habla de precipitarse fuera de nuestro muro, de que no debía permanecer aquí, bajo el peso de las imprecaciones que su boca ha lanzado sobre sí mismo. Pero carece de fuerza y de vista; sus males son demasiado grandes para que pueda soportarlos. Va a testimoniároslo; abre las puertas del palacio; vais a ver un horrible espectáculo que haría sentir compasión al enemigo más cruel.

Escena II

EDIPO, el Coro

El Coro:

iCielos, qué horripilante estado, el más horrible de cuantos se hayan nunca ofrecido a nuestros ojos! Desgraciado, ¿qué delirio os ha arrebatado, qué demonio ha podido colmar vuestra desgracia con males tan crueles? ¡Ay, infortunado! En vano querríamos hablaros, interrogaros, miraros, ni siquiera podemos posar en vos nuestra mirada, de tal modo nos horroriza vuestro estado.

Edipo:

iAy, infeliz de mí! ¿Dónde estoy, en qué sitio resuena mi voz? ¿Dónde me has precipitado?

El Coro:

En cuanto hay de más horrible, de más inaudito, de más espantoso.

Edipo:

iOh nube de obscuridad extendida sobre mí, nube execrable, indecible, invencible, interminable! ¡Ay, cien veces ay, cuánto dolor reunido en el agujón que me ha horadado los ojos y en el recuerdo de mis males!

El Coro:

En medio de tan gran infortunio, son en efecto dos tormentos que deplorar, dos tormentos que sufrir.

Edipo (Al Coro.):

iAmigos míos, sois los únicos que me quedan; sólo vosotros no huís de un desgraciado privado de la luz; sólo vosotros os apiadáis de él! Aunque hundido en las tinieblas, sé quiénes

sois, os reconozco, reconozco vuestra voz.

El Coro:

¡De qué crueldad os habéis hecho víctima a vos mismo! ¿Cómo habéis podido arrancaros así los ojos? ¿Qué demonio os ha inspirado ese furor?

Edipo:

Apolo, amigos míos; Apolo ha querido colmar así mis males. Pero no otro que yo me ha herido; sólo he sido yo. ¿Y de qué me hubiera servido ya la luz, no quedándome ya que ver sino objetos dolorosos?

El Coro:

¡Oh, es muy cierto!

Edipo:

¿Qué me quedaba, en efecto, que ver, que amar, que oír con algún placer? Amigos míos, daos prisa en llevarme fuera de aquí; llevaos a este malvado, a este miserable, cargado de imprecaciones, el más aborrecido de los dioses.

El Coro:

¡Oh desgraciado, a quien su carácter y sus infortunios han hecho por igual infeliz, a quien querríamos no haber conocido jamás!

Edipo:

¡Perezca aquel cuya piedad funesta me libró de los lazos crueles que oprimían mis pies y conservó mi vida! Yo hubiera muerto, y no hubiera sido para mis amigos y para mí un tan gran motivo de dolor.

El Coro:

¡Cuán menos lamentable nos hubiera parecido vuestra muerte!

Edipo:

No hubiera sido parricida e incestuoso a la faz del universo; y ahora heme aquí desgraciado y culpable; vástago de una raza mancillada, padre de mis hermanos y marido de mi madre; en

fin, si han existido azotes espantosos, han caído sobre Edipo.

El Coro:

Sean cuales sean vuestras desgracias, no podemos aprobar el castigo que os habéis impuesto. Ese suplicio es más horrible que la muerte.

Edipo:

No escucho sobre eso ni razones ni consejos. ¿Con qué ojos, decidme, miraría yo en los infiernos a un padre y una madre cuya muerte se debe a mis crímenes? Me he castigado, y mi suerte es más dura que la de Yocasta. Me hubiera sido muy grato ver crecer a mis ojos hijos queridos; el placer de verles hubiera crecido con ellos, lo confieso; pero, después de mis fatales imprecaciones, no había ya para mí ni hijos ni patria que yo pudiese ver. Tebas misma y este palacio en que he nacido, estos muros, estas torres, estos templos, estas imágenes de los dioses, todo estaba vedado a mis miradas. He renunciado al placer de verlos al pronunciar la sentencia de destierro contra el enemigo declarado de los dioses y de la raza de Layo. Yo soy ese culpable. Mi oprobio se ha descubierto. ¿Cómo podría yo gozar de tan amada vista? ¿Con qué cara osaría mirar todo eso? ¡Si pudiera, además, privarme del uso del oído lo mismo que del de la vista! ¡Sordo al par que ciego, cerraríais esa entrada a nuevos dolores! Es grato en los males ahorrarse, o suavizar al menos, su sentimiento. ¡Oh Citerón! ¿Por qué me recibisteis en vuestro seno? ¿Por qué no celasteis mi suerte al conocimiento de los hombres? ¡Oh Polibio, oh Corinto, oh palacio que yo creía la casa de mi padre, qué monstruo, qué mezcla de males habéis criado bajo la apariencia de un hijo de rey! Del antiguo esplendor, ¿qué queda? ¡El más malo de los hombres, vástago de la raza más abominable que hubo nunca! Camino de Daulis, bosques, breñas, sendero estrecho sobre quienes cayó la sangre de un padre, que corría por mis manos: ¿habéis señalado con huellas imborrables el recuerdo de los crímenes que cometí entonces y que debía cometer luego en Tebas? Himeneo, funestísimo himeneo, tú me diste

la vida, pero tras de dármele, hiciste volver a entrar mi sangre en el seno de donde yo había salido; y con ello produjiste padres hermanos de sus hijos, hijos hermanos de sus padres, esposas madres de sus esposos, y cuanto los dioses pueden concebir de abominaciones y de horrores. Basta; avergoncémonos de pronunciar lo que es horrible ejecutar. En nombre de los dioses, queridos amigos, ocultadme en alguna tierra apartada o precipitadme en los abismos del mar para que no profane vuestras miradas. Acercaos, prestadme por piedad ese último servicio. Atreveos a tocar a un desgraciado. ¿Qué teméis? Mis males no recaerán sobre vuestras cabezas; ningún mortal, a no ser yo, puede soportarlos.

El Coro:

Señor, he aquí a Creón, que, conservador en adelante del reino, puede solamente escuchar vuestras peticiones y ayudaros con sus consejos.

Edipo:

¡Creón! ¿Qué voy a decirle? Injusto y culpable a sus ojos, ¿puedo esperar que me escuche favorablemente?

Escena III

CREÓN, EDIPO, las Hijas de EDIPO, el Coro

Creón:

No vengo, Edipo, para reirme de vuestros males ni para insultar vuestras desgracias. Pero vosotros, tebanos, si no os avergüenzan las miradas humanas, respetad al menos la luz pura y fecunda del astro de los cielos; guardaos de exponer sin velos a sus miradas este objeto de impureza que la tierra y la lluvia sagrada y la claridad del día no podrían sufrir. Llevadle en seguida, de nuevo, al interior del palacio. Sólo a los parientes cuadra el ver y el oír con una piedad religiosa el infortunio de su pariente.

Edipo:

En nombre de los dioses, ya que, contra lo que yo esperaba, venís, oh el mejor de los hombres, a acoger al más malo de todos, escuchadme, pues por vos y no por mí voy a hablar.

Creón:

¿Qué deseáis de mí?

Edipo:

Apresuraos a abandonarme en cualquier lugar de la tierra, donde nunca pueda tener comercio con mortal alguno.

Creón:

Hubiera hecho lo que deseáis, no lo dudéis, si no hubiera creído deber antes preguntar al dios de Delfos lo que hemos de hacer.

Edipo:

¿Pero no ha manifestado hartos su voluntad, que condena a muerte a un impío, a un parricida?

Creón:

Ha pronunciado la sentencia; pero, en la situación en que estamos, es mejor interrogarle aun sobre lo que debemos hacer.

Edipo:

¿Sobre un desgraciado como yo queréis interrogarle?

Creón:

Con tanta más razón, cuanto que vos no dudaréis ya ahora de la verdad de sus oráculos.

Edipo:

Bien, ved lo que espero de vos, ved lo que os pido: ya que os conducís tan dignamente con vuestros deudos, encargaos de erigir a vuestro gusto una tumba a esa infortunada; en cuanto a mí, no permitáis que yo respire y permanezca en esta ciudad que fué mi patria; dejadme en adelante habitar las montañas, los desiertos de Citerón, que han venido a ser mi patrimonio, y donde mi padre y mi madre, estando vivo, habían escogido mi tumba; que yo muera como ellos querían hacerme morir; pues presiento que no será de enfermedad, ni por otro accidente análogo, como pereceré; de otro modo, ¿cómo, en el seno de la muerte, hubiera sido conservado si algún desastroso acontecimiento no me esperase? Pero que el destino disponga de mí como quiera...; no quiero, Creón, recomendar mis hijos a vuestros cuidados; son hombres y, en calidad de tales, sabrán atender a su subsistencia donde quiera que estén; pero os recomiendo a mis desgraciadas hijas, que, siempre sentadas a mi mesa, comían conmigo y compartían todos los platos que se servían a su padre. Permitid que las abrace, que deplora mis males con ellas. Permitid, príncipe, permitid, hombre generoso, digno de vuestro nacimiento, que estrechándolas en mis brazos, goce aún de su presencia, como en el tiempo en que podía verlas. Pero ¡grandes dioses! ¿No son ellas, no son esas hijas tan queridas las que oigo gemir y llorar cerca de mí? ¿Creón, compadecido de mis desgracias, no ha hecho venir ya a los

más amados de mis hijos? ¿Es verdad?

Creón:

Vos lo habéis dicho. Yo, previendo el placer que tendríais en abrazarlas, os he procurado ese goce.

Edipo:

¡El cielo os haga dichoso; os trate, en recompensa de vuestras bondades, más favorablemente que a mí! ¿Dónde estáis, hijas mías? Venid aquí, venid a tocar estas manos fraternas que han puesto en este estado los ojos de un padre que gozó en otro tiempo de la claridad del día y que, amadas hijas, sin saber nada, sin prever nada, os engendró en el mismo seno en que él había sido engendrado. ¡Cuánto lloro por vosotras, hijas mías, yo que no puedo veros, pensando en la amargura que debe acompañaros el resto de vuestra vida! ¿A qué asamblea de tebanos, a qué fiesta osaréis dirigir vuestros pasos, sin abandonar luego el placer del espectáculo, para regresar bañadas en lágrimas al seno de vuestra soledad? Y cuando el tiempo de vuestro himeneo llegue, ¿quién será el mortal, hijas mías, bastante atrevido para echar sobre sí tantos oprobios como mancharán eternamente a mis deudos y a vosotras? Porque ¿qué crímenes no pueden imputarse a vuestro padre? Asesinó a su padre, mancilló el lecho nupcial en que había sido concebido y os dio la vida en el mismo seno donde la había recibido. He aquí lo que se os echará en cara; ¿y qué mortal se atreverá a casarse con vosotras? Nadie, hijas mías, nadie; el celibato y la esterilidad serán vuestro patrimonio (A Creón.) Hijo de Meneceo, ya que sólo vos les quedáis hoy para hacer con ellas veces de padre (pues la que conmigo les dio el ser ha perecido), no las miréis con desdén, que son de vuestra sangre; no permitáis que pasen su vida en el abandono y la mendicidad; no igualéis, en fin, su infortunio a mis desgracias. Tened piedad de estas niñas de tan tierna edad, privadas de todo y sin otra esperanza que vos. Generoso mortal, dadme la mano en señal de consentimiento. ¡Qué consejos no os daría yo, hijas mías, si fueseis capaces de entenderlos! Pero

cuanto puedo hoy desearos es que en cualquier lugar en que os coloque el destino vuestra vida sea más feliz que la del autor de vuestros días.

Creón:

No vertáis más lágrimas; volved a entrar en vuestro palacio.

Edipo:

Obedezco, aunque con trabajo.

Creón:

La oportunidad hace el mérito de las cosas.

Edipo:

¿Sabéis con qué condición?

Creón:

Dignaos explicaros e instruirme.

Edipo:

Que me haréis salir de esta comarca.

Creón:

A los dioses toca cumplir ese deseo.

Edipo:

Pero soy para ellos un objeto de horror.

Creón:

Por eso obtendréis lo que pedís.

Edipo:

¿Me lo aseguraréis?

Creón:

Lo que no pienso no me aventuro a decirlo.

Edipo:

Bueno, conducidme.

Creón:

Venid y dejad a vuestras hijas.

Edipo:

No, no, guardaos de arrancármelas.

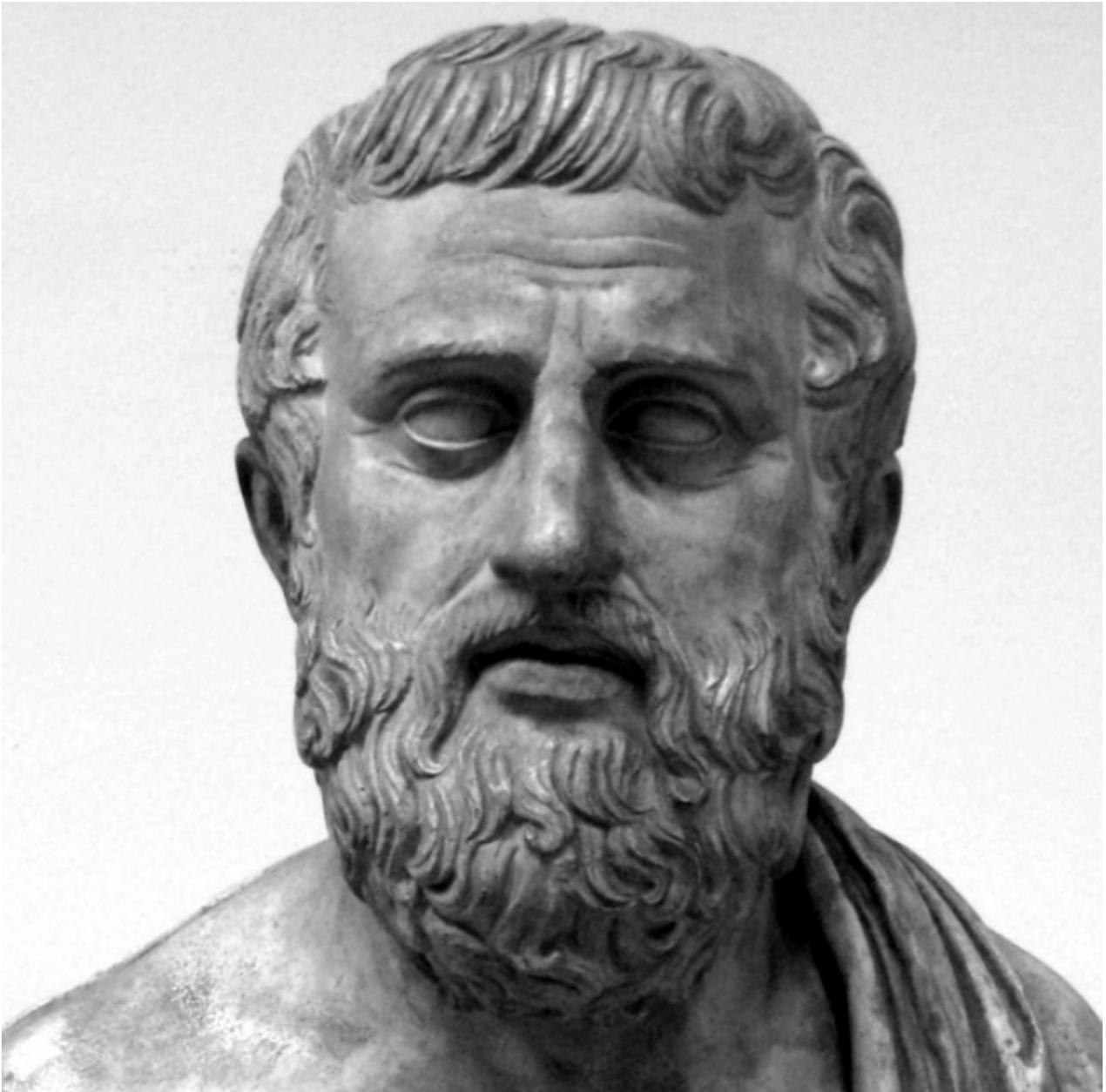
Creón:

Cesad de querer dominar siempre; tal ambición no ha contribuído a la felicidad de vuestra vida.

El Coro:

Mirad, tebanos, mirad; ved a Edipo, que descifraba los enigmas más arduos y que, llegado al poder, no temía la envidia de sus conciudadanos ni las revoluciones de la fortuna; ved en qué océano de males ha caído. Aprended así a poner los ojos en los últimos días de la vida y a no dar a mortal alguno el título de dichoso, antes que haya acabado su existencia sin experimentar infortunios.

Sófocles



Sófocles (en griego Σοφοκλῆς, Sophoklḗs, Colono, 496 a. C. - Atenas, 406 a. C.) fue un poeta trágico griego. Autor de obras como *Antígona* y *Edipo rey*, se sitúa, junto con Esquilo y Eurípides, entre las figuras más destacadas de la tragedia griega. De toda su producción literaria sólo se conservan siete tragedias completas que son de importancia capital para el género.

Las principales fuentes de las que proceden sus datos

biográficos son la Vida de Sófocles escrita por un anónimo en el siglo I, además de fragmentos dispersos que se pueden encontrar en las obras de Plutarco, Ateneo, Aristóteles y otros autores. La Suda también le dedicó un breve artículo. Otros autores de la Antigüedad, entre los que se puede destacar a Duris de Samos, escribieron también sobre él, pero sus obras no se han conservado.

Sófocles nació en Colono, una aldea cercana a la ciudad de Atenas, dentro de una familia de posición acomodada, en 497 o 496 a. C., según datos de la Crónica de Paros, o en 495 a. C., según el anónimo autor de la Vida de Sófocles. Era hijo de Sófilo, un fabricante de armas. Uno de sus maestros fue Lampro, que lo instruyó en la danza y le enseñó a tocar la lira. A los 16 años estaba al frente del coro que celebró con un peán la victoria de la batalla de Salamina, en el año 480 a. C., donde también participó Esquilo como combatiente y el mismo año que nació Eurípides.

Se le atribuía belleza física pero voz débil. Le gustaban los ejercicios gimnásticos, la música y la danza. Algo más tarde del año 460 a. C. se casó con Nicóstrata, con quien tuvo un hijo, Iofonte, que se dedicó también a la tragedia. Ya con cincuenta años se enamoró de una meretriz, Teóride de Sición. Con ella tuvo a Aristón, que a su vez fue padre de Sófocles el Joven, por quien Sófocles sentía gran estima y que llegó a ser también escritor de tragedias. La Suda menciona los nombres de otros tres hijos de Sófocles de los que no existen más datos.

Participó activamente en la vida política de Atenas. En 443 o 442 a. C. fue el heletómano, cargo que desempeñaba la persona dedicada a administrar el tesoro de la Liga de Delos. Gracias, en parte, al éxito de su obra Antígona, representada en el año 442, fue elegido estratega, cargo que desempeñó por primera vez durante la Guerra de Samos bajo la autoridad de Pericles, pero la flota que dirigía fue derrotada por Meliso. Es posible que también fuera estratega en el conflicto contra los habitantes de Anea del año 428 a. C. y

en 423/422 a. C., en época de Nicias. En 413-411 a. C. perteneció al Consejo de los Diez Próbulo, formado en Atenas tras el fracaso de la Expedición a Sicilia. Según el biógrafo anónimo de su vida, no se distinguió especialmente por sus dotes como político pero amó su ciudad y rechazó invitaciones de autoridades importantes de otras ciudades con tal de no abandonar Atenas. Un relato anecdótico contaba que, habiendo desaparecido una corona de oro de la Acrópolis, Heracles se le apareció a Sófocles y le indicó dónde se hallaba. Después de que la joya fue recuperada, Sófocles empleó la recompensa que recibió en construir un santuario dedicado a Heracles denunciador.

Según la Suda fue autor de 123 tragedias, pero el anónimo autor de la Vida de Sófocles dice que Aristófanes de Bizancio conoció 130 obras atribuidas a Sófocles pero consideró apócrifas 17 de ellas. Participó por vez primera en las Grandes Dionisias de 468 a. C., donde venció a Esquilo. En total, compitió en 30 concursos de las fiestas Dionisias: venció en 18 de ellos. Además venció 6 veces en las Leneas.